

GEOPOLÍTICA Y DESIGUALDADES¹

La experiencia histórica ha rebatido uno de los principales mitos del desarrollo, a saber, la concepción ortodoxa del intervencionismo y el proteccionismo como «anomalía histórica» y la asociación positiva entre mercado y prosperidad, con la defensa de la liberalización económica como corolario. Al fuerte crecimiento económico de la «edad de oro», debido a un alto grado de intervención estatal (ciclo estadocéntrico), le sucedió un periodo con tasas de crecimiento muy inferiores y una gran inestabilidad, con la liberalización posterior a los años setenta (ciclo mercadocéntrico) (Hosbbawn, 1998; Sunkel, 2006). La quiebra del sistema de Bretton Woods y las medidas de adaptación de las economías al nuevo marco competitivo dieron lugar a una «orgía especulativa», por utilizar la gráfica expresión de Arrighi (1999). El ascenso del capital financiero y sus implicaciones en las capacidades de los Estados para implementar sus programas, ha incrementado la volatilidad económica y está creando una nueva geografía del capital y del poder. Tras el discurso sobre la mundialización se esconde una forma de gestionar la crisis cuya expresión es la «financiarización» de la economía (Amin, 2001). A principios de los noventa, en el Consenso de Washington, y una década más tarde, en el Consenso de Monterrey, se planteó la liberalización de las economías como motor del desarrollo, sin contemplar aspectos tan relevantes como la reducción de la volatilidad de las inversiones, el control de los flujos de capital, o la fiscalización de las transacciones especulativas.

Pese a que la riqueza mundial, las conexiones internacionales y la capacidad tecnológica son mayores que nunca, la desigualdad no deja de crecer y la brecha de riqueza existente entre ricos y pobres no tiene visos de cerrarse. Los temores malthusianos no se han cumplido, porque el mundo goza de un grado de prosperidad sin precedentes, pero el hambre sí ha aumentado, paradójicamente, en una etapa de crecimiento de la producción global de alimentos per cápita en las regiones más pobladas del Tercer Mundo (Sen, 2000). Como planteaba el «Informe sobre el desarrollo humano» de 1998, la pobreza ya no es un fenómeno privativo del tercer mundo, dado que en el seno de los países desarrollados el crecimiento económico también se ha distribuido de manera muy asimétrica, y la tendencia a una desigualdad en aumento en el reparto de la renta no se ha visto contrarrestada por los presupuestos públicos. A finales del milenio, la inequidad en el mundo ha aumentado, y la polarización del poder y la riqueza han llegado a niveles extremos, con graves riesgos de inestabilidad política y social (Milanovic, 2006). Como subraya Stiglitz (2006), la globalización ha incumplido sus promesas: África ha sido explotada y los costes sociales de los ajustes llevados a cabo en los ochenta a instancias de las instituciones financieras internacionales fueron muy altos. En América Latina han aumentado los desequilibrios externos y se han agudizado las desigualdades socioeconómicas, redundando en una baja calidad

1. URDIALES VIEDMA, M.^a Eugenia. *Geopolítica y Desigualdades*. Editorial Universidad de Granada, Colección Periferias, 2007, 274 páginas.

institucional. Sólo el Este Asiático, que había ignorado las recetas del Consenso de Washington, tuvo un relativo éxito.

El fracaso de las «buenas políticas» y el «buen gobierno» debería hacer reflexionar a todo un «confuso» grupo de tecnócratas sobre las supuestas bondades de una estrategia de desarrollo sustentada en la desregulación, la liberalización y la privatización (Rodrik, 2006). Sin embargo, pese a su carácter central en el debate social, la desigualdad se sigue soslayando en aras de la eficiencia, y se corre un tupido velo sobre los responsables de su existencia. El libro que se reseña no elude el debate y aporta suficientes elementos para deslegitimar el discurso de los «fundamentalistas del mercado».

Para la autora, si se quiere comprender la realidad contemporánea en todas sus vertientes, demográficas, sociales o políticas, hay que encuadrar el análisis en el marco que les da cobertura y explica su funcionamiento: el sistema capitalista. Esto es, un enfoque global que explique la formación y evolución del capitalismo como una economía mundial y un sistema de relaciones económico-sociales, políticas y culturales que tiende a convertirse en un sistema planetario y confundirse con la economía mundial. Las profundas transformaciones en el ámbito productivo y financiero en las últimas décadas del siglo XX obligan al investigador a enfatizar en las implicaciones de las revoluciones de la información y de la tecnología para la acumulación y el proceso laboral; en los cambios de los pactos sociales que sustentaron el desarrollo económico tras la Segunda Guerra Mundial; en la gestión de la crisis contemporánea y en su incidencia específica en la conformación de las estructuras de la periferia mundial.

Tal proposición no es sólo una adscripción a un enfoque metodológico, el propuesto por I. Wallerstein y, más allá de éste, por F. Braudel, sino una revisión de una terminología y una literatura prácticamente olvidadas en el panorama actual. La autora utiliza términos tales como tercer mundo, centro-periferia, dependencia, intercambio desigual, que remiten a autores como Amin, Enmanuel, o el propio Wallerstein. La premisa básica es que desde la caída del socialismo en la década de los 90, existe un nuevo orden geopolítico internacional de tipo neocolonial, liderado por Estados Unidos, pese a que la nueva distribución de poder esté amenazando tal liderazgo. Su análisis del nuevo orden geopolítico se articula en torno al problema de la desigualdad demográfica y al gran debate social y político en el cambio de milenio, los flujos migratorios; los recursos naturales como elemento clave de los desequilibrios territoriales y, singularmente, la denominada «paradoja de la abundancia»; y al papel de los estados y las organizaciones internacionales en la superación de la pobreza y la desigualdad, con particular referencia al Estado del bienestar.

Para cumplir su cometido, la profesora Urdiales estructura su obra en cinco capítulos y unas breves conclusiones. El primer capítulo, «Hacia un orden geopolítico internacional» es un estado de la cuestión en el que da cuenta de los cambios producidos tras la caída del muro de Berlín y las políticas económicas de los gobiernos de EE.UU, y cuyos resultados arrojan cifras que deberían preocupar a las instituciones monetarias internacionales. Son páginas lúcidas, en las que, con una prosa contundente, que a veces adquiere tono de denuncia, desgrana la política de «anulación de las instituciones internacionales» de EEUU, iniciada a mediados de la década de los 90, y cuyo punto álgido se produce con la invasión de Irak en 2003. Tal dominio militar contrasta, a

su juicio, con unos niveles de pobreza desconocidos en países desarrollados y la baja calidad de su modelo democrático. En EE.UU. la tasa de pobreza era del 11,8%, en 1999, esto es, más de 32 millones de personas eran «marginados de la prosperidad», y sólo un lustro más tarde alcanzaba el 15,4%, según el Informe de Desarrollo Humano, 2006. En este punto, coincide con Krugman (2002), quién, en su epitafio del New Deal, certifica que la nueva cultura del dinero ha producido un notable avance de las desigualdades en su país. El análisis se extiende a los principales aspectos que están influyendo en la transición hacia un nuevo orden Geopolítico. En esa larga nómina se incluyen el desarrollo de los nacionalismos y la aparición de nuevos estados; los cambios en la caracterización de los conflictos, en particular la emergencia de un modelo de terrorismo no vinculado a ningún estado; el negativo papel de las Instituciones internacionales surgidas de Bretton Woods en la superación de las desigualdades; y los estados fallidos, incapaces de controlar el territorio y garantizar a sus ciudadanos los derechos sociales básicos.

En el segundo capítulo, «población y desigualdades», se apoya en el «Estado de la Población Mundial», 2006, y el «Informe de Desarrollo Humano», 2006, para mostrar los intensos desequilibrios demográficos entre países desarrollados y el Tercer mundo; la presión demográfica sobre los recursos disponibles, en el sentido de acceso y no de falta de recursos; la movilidad de la población y sus características actuales, con especial énfasis en la inmigración irregular; y las políticas demográficas de las Naciones Unidas, la Unión Europea y España. Su análisis sobre el desequilibrio en el crecimiento natural entre países desarrollados y tercer mundo (entre la explosión y el envejecimiento) rememora el debate decimonónico que reproduce Sen (2000) entre Malthus y Condorcet. Como es sabido, frente a la coacción como freno, invocada por Malthus, Condorcet oponía la razón, en este caso, un crecimiento natural ligado a la elevación de la calidad de vida y la modificación de los valores sociales. En su descripción de los flujos migratorios y sus cambios en los últimos años, la autora también nos recuerda que el progreso le debe mucho al desahogo global de la congestión local en materia de población, al incesante movimiento de población desde las regiones «más desarrolladas» del planeta hacia las áreas «subdesarrolladas» (Bauman, 2005). También es muy clarificador el tratamiento económico del problema de la inmigración en España, que remite a los últimos estudios en materia de «codesarrollo» y un enfoque bidireccional del tema de las migraciones.

El tercer capítulo, «riqueza del territorio y pobreza de la población», tiene como objetivo mostrar otro reflejo de la dependencia y subordinación del espacio geográfico a las directrices del sistema mundial: la «paradoja de la abundancia». La paradoja que consiste en la existencia de territorios inmensamente ricos poblados por habitantes infinitamente pobres. Muchas veces estos recursos son al mismo tiempo objeto de conflictos y fuente de ingresos para continuarlos. La violencia sería el punto álgido de la maldición de los recursos en un Estado al borde del colapso, como muestran los casos que expone. La autora trae a colación el papel de las transnacionales en connivencia con dictadores como Obiang-Nguema, y subraya las relaciones entre dichas empresas y la administración norteamericana, así como los esfuerzos de países como Bolivia por controlar su riqueza energética nacional. El capítulo concluye con un análisis de la relación

entre las fuentes energéticas y el medio ambiente, y el cambio de tendencia observado a partir de 2006 hacia energías renovables procedentes de la biomasa en EE.UU. Con todo, los tímidos progresos en materia de desarrollo sostenible parecen darle la razón a H. Daly: el crecimiento sostenible aplicado a la economía es un mal oximoron.

En el cuarto capítulo, «la división internacional del trabajo y las desigualdades económicas», sostiene la tesis de que el desarrollo capitalista dio lugar a formaciones sociales con economías subdesarrolladas, desarticuladas, duales, especializadas, extravertidas y pobres (periféricas) y otras que han definido las reglas del juego internacional (centrales). La tendencia es que el fosó que separa a los países desarrollados (de crecimiento hacia adentro) de los subdesarrollados (o de crecimiento dependiente) se vaya haciendo más profundo. Pese a las modificaciones de las estructuras económicas provocadas por la deslocalización espacial de la industria desde los países desarrollados, el control del sistema productivo y del precio del producto final sigue en manos de las corporaciones multinacionales. El nuevo contexto internacional ha consolidado unas relaciones de «intercambio desigual», que el actual marco de la Organización Mundial del Comercio (OMC) tiende a perpetuar. Su revisión en perspectiva histórica de los modelos de industrialización del Tercer Mundo confirma los resultados de las investigaciones de Ha-Joon Chang (2004) y desmiente la idea de que el sudeste asiático haya sido una «zona libre de protección social». Las propuestas de los organismos internacionales encubren, según Chang, el intento de retirarles la escalera del progreso a los países más pobres.

El libro finaliza con un quinto capítulo, de sugestivo título, «La lucha contra las desigualdades y la pobreza: el desarrollo del Estado del Bienestar». Tras un breve recorrido por las formas históricas de la asistencia, pasa revista a la evolución de los principales componentes del gasto social tras la supuesta crisis y reestructuración a partir de los 80, subrayando sus principales deficiencias. La etapa abierta a mediados de siglo, con la creación y posterior desarrollo de los «estados del bienestar» en el mundo occidental, parecía anunciar que la tendencia hacia la igualdad social era la última fase de evolución de la ciudadanía. Es el punto más álgido de la concienciación social sobre la oportunidad de instrumentar políticas dirigidas a mejorar la igualdad de oportunidades y redistribuir la renta a favor de los más necesitados. No obstante, la crisis de los setenta borró el término igualdad del vocabulario político y de la agenda de investigación de los economistas. El Estado Benefactor, otrora tan funcional para la creación de riqueza, comenzó a concebirse como una fuerza «antimercado» y las políticas de transferencias como germen de desincentivos al normal funcionamiento del mercado. Incluso, se llegó a afirmar que una excesiva redistribución era la causa fundamental del paro. A principios del siglo XXI, el Estado del Bienestar solo se han implantado en un corto número de países, a sabiendas de que el desarrollo implica superar los estrechos límites del crecimiento e impulsar reformas sociales con carácter estructural. Así lo ponía de manifiesto la Cumbre del Milenio, que instaba a implantar y reforzar sistemas sanitarios en los países pobres, para frenar los altos índices de mortalidad. Extender el Estado del bienestar a todos los países es un reto fundamental en aras a disminuir la desigualdad entre territorios y entre personas. La equidad, definida como la igualdad de oportunidades y la prevención de la pobreza

absoluta, se tornaban elementos esenciales de las estrategias de desarrollo necesarias para la prosperidad a largo plazo.

En definitiva, el libro que la colección Periferias de la Universidad de Granada pone en manos del lector es un texto relevante, especialmente indicado para todos aquellos, universitarios o no, que quieran acercarse con otra mirada a la realidad contemporánea. Su carácter didáctico lo hace particularmente recomendable para comprender las claves del nuevo orden geopolítico en sus dimensiones sociales, políticas y económicas.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- AMIN, S. (2001), «Capitalismo, imperialismo, mundialización», en Fernando López Castellano (comp.) (2007), *Desarrollo: crónica de un desafío permanente*, Periferias/Universidad de Granada, págs. 139-157
- ARRIGHI, G. (1999), *El largo siglo XX*, Akal, Madrid
- CHANG, H.J. (2004), *Retirar la escalera. La estrategia del desarrollo en perspectiva histórica*, Los libros de la Catarata, Madrid
- HOBBSBAWM, E. (1998), «El mundo frente al milenio», Conferencia pronunciada en Santiago de Chile.
- KRUGMAN, P. (2002) «EE.UU: todo para los más ricos», *Nueva Economía*, n.º 147.
- MILANOVIC, B. (2006), «La desigualdad mundial de la renta: qué es y por qué es importante», *Principios. Estudios de economía Política*, n.º 5, págs. 35-56
- RODRIK, D. (2006), «Goodbye Washington Consensus, Hello Washington Confusion», *Journal Of Economic Literature*, vol. 44, n.º 4. págs. 973-987.
- SEN, A.(2000), *Desarrollo y libertad*, Planeta, Barcelona, 2000
- STIGLITZ, J. E. (2006), *Como hacer que funcione la globalización*, Taurus, Madrid
- SUNKEL, O. (2006), «En busca del desarrollo perdido», *Problemas del desarrollo*, vol. 37, n.º 147, págs. 13-44.

FERNANDO LÓPEZ CASTELLANO